



SALMOS 143, ORANDO EN LA ANGUSTIA

INTRODUCCIÓN

Este salmo también se titula “Salmo de David”. Sin embargo, el título no indica el tiempo ni la ocasión en que fue compuesto. Pero es evidente que fue escrito en tiempos de angustia; de modo que, a lo largo de la historia de la humanidad, incluyendo la era presente, siempre habrá muchos corazones identificados plenamente con los sentimientos que expresa este cántico. Es el último salmo penitencial del salterio, un gran recordatorio para todo el pueblo del pacto de su condición ante Dios y su necesidad de la misericordia divina.

Hoy nos corresponde considerar a la luz de este salmo, nuestra necesidad de venir al Señor en todo tiempo, especialmente la necesidad de estar orando en la angustia. No podemos evitar la angustia, pero sí podemos orar en medio de ella. David mismo había dicho: *“Muchas son las aflicciones del justo, Pero de todas ellas le libraré Jehová”*. Cristo, el varón dolores, advirtió a sus discípulos: *“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*. Así que hermanos, si el Señor trae la angustia o estrechez a nuestras vidas, no desesperemos, y como el salmista vayamos en oración a nuestro Padre celestial,

I. AL DIOS DEL PACTO

Esto es lo primero, y que se insiste en casi todos los salmos, en donde se usa el nombre de Dios que denota su existencia eterna y su fidelidad al pacto que ha hecho con su pueblo de ser su Dios para siempre. Así que es prioritario estar orando en la angustia al Dios del pacto.

A. Que oye la oración

“Oh Jehová, oye mi oración, escucha mis ruegos”, es la forma de iniciar este clamor por parte del salmista. Muy similar a otros salmos de David que ya hemos estudiado,

dirigidos al Dios del pacto que oye la oración. Recordemos hermanos que el Señor nunca aparta su oído del clamor del corazón atribulado; El Señor es misericordioso y clemente; es capaz de socorrer a todas las almas sufrientes y necesitadas, veamos Salmos 51:17, 34:18. Podemos venir a él en nuestra angustia sabiendo que nos escuchará, Él es el Dios del pacto,

B. Que es fiel y justo

Esta es la razón que alega el salmista para llevar su clamor a Dios en medio de la angustia: *“Respóndeme por tu verdad, por tu justicia”*. Dios es fiel a su Palabra que es verdadera, Dios es justo en todos sus tratos para con la humanidad, y Dios defiende al débil y menesteroso, y Dios hace justicia a los agraviados, Sal. 146:7. Nosotros, aunque pecadores ante Dios, podemos sentir que nuestra causa es justa en cuanto a nuestros semejantes, y, cuando sufrimos un agravio, podemos pedirle que intervenga, como Dios justo, en nuestro favor. Sin embargo, no podemos pedirle que nos salve basándose en nuestra justicia hacia él, pues no tenemos tal justicia. Leamos Salmo 143:2. El Dios del pacto, que es fiel y justo, es la única esperanza de sus siervos.

C. Única esperanza de sus siervos

David decía: *“No vengo ante ti a implorar tu favor con base en alguna reclamación sobre ti, pues soy consciente de que soy pecador y de que mi única esperanza está en tu misericordia”*. El poeta manifiesta aquí su conciencia de pecado. Atribuye su sufrimiento a su pecado señalando que la malicia de sus enemigos es la vara del castigo de Dios, llamándolo al arrepentimiento. También nos deja ver su convicción de la santidad divina y su ferviente deseo de perdón divino.

No es distinto para nosotros amados hermanos, aunque seamos objeto de agravio por parte de nuestros semejantes, y aunque en ocasiones los tratos de los demás con nosotros sean injustos, nuestra confianza de venir a Dios en tal angustia para pedir su intervención, no se basa en nuestra justicia, en nuestra inocencia que ha de ser vindicada por Dios, ya que también somos pecadores; ante su santidad y justicia, dependemos por completo de su misericordia. Dios de manera libre, misericordiosa y completamente, perdona a todos los que con sincera penitencia lo buscan, y hoy

podemos decir, a los que vienen a él por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Si Dios fuera rápido para juzgar y severo para castigar, todos los hombres perecerían. Ni siquiera un siervo sincero y fiel puede comparecer ante Él en juicio; no puede alegar méritos propios ni apelar a Dios basándose en su justicia propia. Recordemos que incluso cuando hayamos hecho todo lo que nos ha sido ordenado, «Somos siervos inútiles», pero la esperanza es que donde nuestro Señor esté, estará también su servidor (Lc. 17:10, Jn. 12:26).

II. POR LA LUZ DE SU ROSTRO

En segundo lugar, como el salmista podemos estar orando en la angustia por la luz del rostro de Dios. Por algún tiempo, la angustia sufrida por el poeta era comparable a las tinieblas y desolación a la que se expone todo ser humano cuando no brilla sobre él la luz, el resplandor del rostro de Dios, esto es, la expresión clara y sin asomo de duda, de la gracia, del favor divino sobre ellos. Leamos versos 3-4. Tenemos palabras muy similares a las evocadas por el profeta Jeremías por sus cautivos, Lamentaciones 3:6. La idea aquí es que su condición era como la de quienes habían estado mucho tiempo en la tumba; quienes hacía tiempo que habían dejado de ver la luz; cuya morada era una oscuridad absoluta.

David estaba angustiado por la persecución externa maligna, como cuando fue perseguido por Saúl, luego la rebelión de Absalón. No es distinto de los verdaderos siervos de Dios que se empeñan en someterse a la voluntad divina y obedecer su palabra, los siervos de Dios todavía sufren desde afuera por las persecuciones del mundo (2 Timoteo 3:12); por la traición de aquellos en quienes habían confiado, como David lo hizo con Ahitofel; de pérdidas temporales, etc. Pero no es menor su sufrimiento interior insoportable. La experiencia del poeta no fue solitaria ni excepcional. Los hombres temerosos de Dios aún están expuestos a la persecución externa y la angustia interna; aún sufren tanto en sus circunstancias como en sus almas, pero en todo esto se lleva a cabo un proceso de santificación, Heb. 12:5-11. En esta situación, el salmista ruega por la luz del rostro de Dios,

A. Para ser vivificado

Leamos Sal. 42:5-7, Su espíritu estaba quebrantado y abatido. Desesperaba de cualquier ayuda humana. Decía: “Mi corazón está desolado; no tengo consuelo, ni alegría, ni esperanza. Mi alma es como un desierto desolado donde no hay agua; donde nada crece; donde solo hay rocas y arena”. Quería ver algo distinto, y considera lo que Dios había hecho antes, cómo se había interpuesto antes a su favor. Es como si dijera: “Traigo todo esto a mi mente, recordando que eres un Dios inmutable; que aún tienes el mismo poder; que puedes intervenir ahora como lo hiciste entonces; y que, como Dios inmutable, lo harás en las mismas circunstancias. Por lo tanto, vengo a ti y ruego que intervengas en mi favor”, y expresa este deseo por Dios y su intervención, como el deseo de la tierra agrietada de la sequedad aguardando por la lluvia.

Así, solo si Dios alzaba su rostro sobre el salmista, es decir, si se interponía a su favor para librarlo de sus enemigos, solo así podría tener verdadera vida. Quiera Dios amados hermanos que consideremos apropiadamente la cruz de Cristo y consideremos cómo el mismísimo Hijo de Dios se ha interpuesto a nuestro favor para librarnos de nuestros enemigos, de modo que ahora sin temor le sirvamos. Quiera Dios que en medio de nuestras angustias veamos la respuesta al clamor de misericordia de este perfecto siervo de Dios que dio su vida en nuestro favor, para darnos vida y vida abundante. Quiera Dios que experimentemos realmente la nueva vida que solo en Cristo podemos hallar, incluso en los momentos que las tinieblas parecen prevalecer sobre nosotros.

B. Para ser dirigido

David oraba por la luz del rostro de Dios para ser dirigido en su camino. Pide la misericordia de Dios, que como en Sal. 63:3 él mismo dijo: “*es mejor que la vida*”. Pide por la liberación de sus angustias, pero pide la enseñanza divina para que pueda conocer el camino que Dios quiere que siga. Para que pueda hacer la voluntad de Dios. Para que la bondad de Dios lo lleve por un camino llano, y no por montañas escabrosas o cavernas en donde no se puede caminar con facilidad. ¿Cómo quiere Dios que actuemos en nuestra angustia, en nuestra debilidad, en nuestras tribulaciones?, ¿cómo responder a la incompreensión del cónyuge, de los hijos, o las presiones de un mundo que no escatima esfuerzos en estorbar nuestro caminar con

Dios?, ¿cómo restaurar una relación rota por completo, cómo hallar esperanza en Dios?

Leamos versos 8-10. El evangelio es esa misericordia que debemos oír cada mañana, Cristo es el camino, verdad, y vida que nos lleva al Padre, un camino angosto, pero un camino llano, recto, sin peligro de muerte, pues en Cristo hemos pasado de muerte a vida. Un camino de luz, él ha dicho: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”*.

III. CON ESPERANZA EN SOLO DIOS

Nuevamente veamos versos 8-12. En su petición el salmista presenta su confianza, su esperanza en solo Dios, esta es nuestra tercera reflexión, orando en angustia con esperanza en solo Dios. Cada estrofa de esta sección presenta una humilde petición basada en una sólida confianza en el Señor.

A. Tu eres mi refugio

Es lo que argumenta en el verso nueve para pedir ser librado de sus enemigos. Ya ha pedido misericordia porque confía en aquel que es misericordioso, ha pedido dirección a aquel a quien ha entregado su vida por completo. Una y otra vez hemos escuchado a David diciendo de Dios: *“tú eres mi refugio”*, mi roca, mi fortaleza, mi lugar seguro, Sal. 17:8.

¿Quién es tu refugio amado hermano?, ¿en qué o en quién has depositado toda tu confianza, en qué o en quién estas esperanzado?, ¿cuál es tu escape en la tribulación o angustia?, el profeta Isaías insiste al pueblo del pacto diciendo: *“Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos”* (Is. 26:4), y en el salmo 91 estudiamos lo que significa morar al abrigo de Dios, es decir, en su morada o lugar secreto, bajo su hospitalidad, y bajo la protección de su poder divino, experimentando su fidelidad, seguros en su Palabra, sin temores, y viendo el juicio divino sobre los malos. ¿Puedes ver en Cristo la fidelidad y hospitalidad de Dios trayéndote a su lugar secreto?, ¿está hoy tu vida escondida con Cristo en Dios? (Col. 3:3), ¿puedes decir de Cristo, Tú eres mi refugio?. David decía también,

B. Tú eres mi Dios

Por esto mismo es que pide dirección, para poder hacer la voluntad de su Dios, esperando la dirección sabia, prudente, juiciosa y confiable de Dios mismo en su caminar, deseaba ser guiado, por así decirlo, a un país “llano” donde pudiera estar seguro; no rocas, cavernas ni emboscadas.

¿Cómo actuar, cómo comportarnos en determinadas situaciones?, ¿qué normas o valores usamos?, ¿quién define esas normas o valores?, ¿qué es lo correcto o lo incorrecto?, ¿cuál ley determina nuestro comportamiento en privado y en público? David pedía dirección precisamente del dador de la ley, del que define lo bueno y lo malo, del que prescribe la justicia, del que tiene suprema autoridad sobre nuestras vidas. “Tú eres mi Dios”, decía David al Dios del pacto, el Dios eterno, único y verdadero. ¿Realmente anhelas la dirección de Dios?, ¿realmente crees que su Palabra es la única regla de fe y conducta para tu vida?, ¿realmente puedes decir de Cristo, Dios mío y salvador mío?, ¿la voluntad de quién quieres hacer?, ¿qué camino quieres seguir?

C. Yo soy tu siervo

David decía a Dios: “*Yo soy tu siervo*” (ósea, tú eres mi dueño, mi Señor), esta es otra razón de confianza del salmista. Con esta expresión finaliza su oración confiada, esperando la amable interposición de Dios a su favor, para el honor del mismo nombre de Dios, para la exaltación de su misericordia, en otras palabras, para que Dios sea glorificado. Barnes comenta sobre esto: “Porque soy tu siervo, no por un sentimiento privado, ni por venganza personal, sino porque estoy a tu servicio, y solo liberándome de estos peligros puedo honrarte como quisiera. Es tu propia causa, y pido que sean cortados «para» que el servicio que podría prestarte no sea avergonzado”.

El gran siervo de Dios (Is. 42:1), aquel en quien el alma de Dios tiene contentamiento, fue oído a causa de su temor reverente (Heb. 5:99), y fue exaltado hasta lo sumo (Fil 2:9), por Él ahora ustedes y yo podemos servir sin temor a nuestro Dios, con la esperanza de estar siempre con nuestro Señor, Dueño, Salvador, Jn. 12:26. ¿Puedes hoy venir a Dios por medio de Cristo y clamar confiado al Señor diciendo: yo soy tu siervo?

CONCLUSIÓN

Este salmo penitencial nos muestra por la experiencia de David, lo que es estar orando en la angustia, Orando al Dios del pacto que oye la oración, que es fiel y justo, que es la única esperanza de sus siervos. Vemos una oración por la luz del rostro de Dios para tener verdadera vida y dirección. Hemos visto en la experiencia del salmista, una oración con esperanza en solo Dios, con declaraciones verdaderas que han determinado la vida del poeta, al decir al Señor: “Tú eres mi refugio, Tú eres mi Dios, Yo soy tu siervo”. No solo David pudo orar y ser escuchado, los creyentes a lo largo de la historia, nuestro mismísimo Salvador, quien nos alienta ahora a venir a Dios también en oración, y por su mediación podemos seguir orando en la angustia, sabiendo que él mismo es la respuesta, y la amable interposición de Dios a nuestro favor, nuestra luz y dirección, nuestra completa seguridad. Oremos.